



HISTORIA GENERAL
DE FRANCIA

POR

D. VICENTE ORTIZ DE LA PUEBLA.

Entregas 108 y 109.

BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

CALLE DE ROBADOR NÚM. 24 Y 26.

1873.

de Richelieu, decimos sin vacilar que se necesita mucha crueldad y mucho orgullo para despreciar y aun burlarse de las infinitas sú-

tanta saña; podia haberlo desterrado del reino, pero no infamarle sin consideracion á que era Montmorency el tronco de la familia mas



CAMBIO DE LAS PRINCESAS ANA DE AUSTRIA CON ISABEL DE FRANCIA, 9 DE NOVIEMBRE DE 1615. (COPIA DE RUBENS).

plicas que se hicieron al rey, ó mejor dicho al cardenal, por las personas mas influyentes de la nobleza y altas dignidades de la nacion. Podia haber castigado al rebelde, mas no con

ilustre y gloriosa de Francia, á que todos los antecesores del ajusticiado se distinguieran por grandes servicios prestados á la monarquía, y á que hasta el mismo Enrique era estimado de

todo el mundo por sus hermosas dotes. Richelieu además no manifestó nunca sentimiento de aquella ejecucion; antes al contrario, varias veces expresó que él habia obrado con toda la consideracion debida al elevado rango de Montmorency. Pero Richelieu necesitaba en su afan de abatir á los nobles un ejemplar para intimidarlos, y no reparó en medios para llegar á su objeto: esa fué constantemente su conducta política. Es decir, era tolerante en materias de religion y en cambio era inflexible, inexorable en lo concerniente á su diplomacia.

El ministro de Luis XIII se habia propuesto abatir á los grandes, no porque tuviese mas consideracion al pueblo que otros señores, sino porque queria asumir en sus manos todo el poder de que aquellos disponian. Así era que aprovechaba todas las circunstancias que le favorecian en semejante proyecto. Existia todavía un representante de las caducas pretensiones feudales, el anciano duque de Epernon, el antiguo amigo y consejero de Enrique III y de María de Médicis, y el mas altivo señor de aquella época; pero el cardenal supo humillarle de la manera mas cruel. En un acceso de cólera habia el duque hecho saltar de un palo el sombrero del arzobispo de Burdeos llamado Sourdis, mas famoso como marino y general del ejército; que como prelado de la Iglesia. Era hechura y amigo de Richelieu, y como este, sabia empuñar mejor quizás la espada que el báculo pastoral. El duque de Epernon contaba entonces ochenta años, y ya que por respeto á su edad el arzobispo no le pidió satisfaccion con las armas en la mano, lo escomulgó á la vez que logró de la corte una orden real para que el duque saliera inmediatamente desterrado de su provincia y gobierno, yendo á retirarse en uno de sus castillos del Saintonge y solicitara el perdon á Roma. Este perdon se lo hicieron aguardar cuatro meses, y el soberbio y altivo duque tuvo que recibirlo de rodillas y como en penitencia por la boca misma del arzobispo delante de la puerta de la iglesia parroquial de Coutras.

Richelieu habia creído gracioso castigar á ese católico de alta influencia por la mano mis-

ma de la Iglesia; y poco tiempo despues hizo condenar á muerte al hijo del mismo, el duque de la Valette, por una falta militar que ni siquiera podia merecer el nombre de traicion. Pero la Valette, advertido con el ejemplo de Montmorency, se refugió á tiempo en Inglaterra; mas no por ello habia dejado de darse la leccion que Richelieu se proponia.

La monarquía habia llegado en Francia á ser el único poder; pero eso mismo motivaba que las intrigas, las maquinaciones y los lazos se hicieran sin cesar para arrebatarse el poder del hombre que, al revés de muchos ambiciosos vulgares lo codiciaba, no para gozarse perezosamente, sino para desarrollar en toda la plenitud sus elevadas dotes de mando que la naturaleza y la educacion le habian concedido. Muchos disgustos y trabajos dieron á Richelieu esas pequeñeces, que si hemos de creer á lo que él mismo nos dice, causaron muchos trastornos y desgracias. «Seis piés de tierra me causan mas daño y desvelos que la Europa entera. ¡Pobre gran hombre, cuánta sangre te han hecho derramar contra tu voluntad y honor, y cuánto tiempo te han hecho perder contra el interés de Francia!»

Pero todas las contrariedades que Richelieu sufría quedaban en parte compensadas con la potestad de que disfrutaba. No obstante, su ambicion quizás no estaba satisfecha, porque para su genio parece que habria sido menester poderlo dominar y mandar todo sin depender de nadie, y mas cuando la persona de quien dependia, aunque subyugada por la fuerza de la inteligencia superior del poderoso ministro, se mostraba á menudo descontenta, y por su mal humor, por sus caprichos y por el disgusto continuo que reinaba en su interior, mas de una vez habia hecho todos los esfuerzos para sacudir el yugo que Richelieu le hacia sufrir. El rey era el enemigo mas acérrimo de Richelieu, y si este no cayó en desgracia fue debido mas que á otra causa al deseo que sentia Luis XIII de que los negocios de Estado marchasen por buen camino. De fijo que si alguno de los conspiradores contra Richelieu hubiese podido indicar al rey el

nombre de alguna persona que hubiese podido reemplazar al cardenal, de fijo, decimos, que este habria sucumbido.

Verdad es que Richelieu tuvo siempre la cruel precaucion de poner en juego todas las pasiones y móviles que el carácter taciturno, receloso y desconfiado de Luis XIII hacian germinar en su corazon: madre, esposa, hermano, favoritos y todo cuanto pertenecia á los afectos del rey se habia logrado que inspirase al mismo rey sospechas, resentimientos y desazones, de suerte que este estaba adherido á su ministro en virtud de los lazos que le habia hecho romper. Sin embargo, no pudo el cardenal aislarlo tan completamente y someterlo tanto á la razon de Estado de que Richelieu se habia hecho el imponente órgano, que no fuese accesible ya á ningun capricho de amistad ó simpatía. «Luis XIII, dice Saint Prosper, á pesar de las ventajas que habia de ofrecer su elevada posicion, no halló favoritos nunca que pudieran llamarse tales; pero volviendo los ojos á las jóvenes de la servidumbre de palacio esparció los secretos y sinsabores de su corazon comunicándolos en confianza amistosa á la señorita de Hautefort. Mas esas íntimas confianzas disgustaron á la reina; y la señorita de Hautefort, para congradarse con Ana de Austria, defendió vivamente su causa con respecto á Luis XIII, y Richelieu, que queria tener reñidos ó separados á los esposos reales, desterró á la señorita de Hautefort,» que, como se habia propuesto, lo mismo que el rey, tener amistad inocente y pura con Luis XIII, habria conseguido que este y su esposa viviesen en buena armonía, á lo que se hallaban ambos predispuestos. Ambos esposos reales se amaban; pero el cardenal habia hecho todo lo posible para extinguir aquel amor y hacer nacer en cambio indiferencias, recelos y rencores.

El monarca entonces se aficionó á otra suave y tímida beldad que sonreia con benevolencia á los relatos de cacerías y discursos piadosos que aquel hacia en presencia de la corte. Llámabase Luisa Motier de la Fayette, é inspiró una pasion tierna y verdadera á Luis, la cual

léos de combatirla ó censurarla el padre Causin, jesuita confesor del rey, se entendió este con la señorita de la Fayette para derribar, con motivo de esa pasion del rey, á su ministro el cardenal. «Los sentidos del rey, añade el historiador antes citado, no habian tomado parte alguna en esta intimidación de Luis XIII, en la cual pretendia tan solo hallar un alivio á la tristeza que le devoraba; pero pronto conoció que era presa de deseos que hasta entonces no habia sentido, y se estremeció al considerar que su amistad habia dejado de ser pura como al principio. Por su parte, la señorita de la Fayette, que no tenia la menor ambicion rastrera, y que solo intentara suavizar la mala suerte del rey, se aprovechó de su ascendiente para aconsejarle que se reconciliase con Ana de Austria. Obrando así cumplia su deber; mas no tardó en comprender que á su vez no era ya dueña de su corazon, y que habia de romper aquellas relaciones que habrian degenerado en otra pasion. En consecuencia, tomó el nombre de sor Angélica fué á sepultar en un convento una pasion que, sin duda, mas adelante la habria subyugado del todo. Luis XIII se resignó á perder aquella mujer á quien habia amado hasta el estremo de llegar á ser para Richelieu un objeto de recelos y temores.»

Sin embargo, sor Angélica siguió dominando el corazon del rey, y por lo tanto, teniendo un poderoso ascendiente sobre el mismo. Luis XIII iba con frecuencia al convento para verla tras las rejas; y se dice que varias veces hablaban los dos de los mas graves asuntos del Estado; pero es mas probable que sus pláticas se circunscribiesen á objetos de devocion, ya que no puede dudarse que, merced á la influencia de la señorita de la Fayette, el rey imploró la proteccion de la Virgen María para el reino de Francia, bajo cuyo amparo hizo voto de ponerlo.

Richelieu no tenia bastante con haber separado á su rey de los lazos amistosos que habia contraído recientemente; importábale tener separados á los dos esposos reales, y como dice Duruy en su Historia de Francia, «á tra-

vés de la intriga amorosa y política fomentada por el padre Caussin, vino á colocarse un grave acontecimiento de Estado y de familia. No bastaba quitar al rey su amiga, era menester además como en compensacion cruel que no podia dejar de redoblar sus dolores, hacer que su legítima mujer le pareciera sospechosa, odiosa, criminal y hacer llegar hasta el ultraje su descontento por la esterilidad de su compañera. La última afrenta sufrida por Ana de Austria toca tan de cerca á su primera felicidad despues de su matrimonio, que nos parece preciso remontarnos á la posicion de esa princesa desde el principio de su casamiento. Llevada del reino de España á la edad de catorce años, para casarse con un jóven de la misma edad, necesitaba pasar aun algunos años antes que se la pudiese contar para los negocios del Estado ó las intrigas, y aun antes que reuniese en la familia en que entraba las condiciones de una mujer para ser madre. Incontestable parece que la consumacion del matrimonio no se efectuó hasta el mes de febrero de 1619, y es notorio que desde entonces el rey trataba á su mujer con timidez, y que esta le recibia con poca ternura ó expansion cuando menos.»

Cási al momento de haber empezado tal intimidad, la reina concibió celos contra su esposo, de los cuales era objeto la duquesa de Luynes. Mas adelante el rey á su vez sintió el aguijon de los celos, y las insolencias y arrebatos del duque de Buckingham, las palabras imprudentes del infortunado Chalais, alejaron por completo de la reina un marido piadoso, severo, púdico, incapaz hasta tal punto de criminales deseos, que hasta podia pasarse sin satisfacer los que le eran lícitos y permitidos. Además de indisponerle Richelieu con la reina madre, no se preocupó mucho por indisponer á Luis XIII con su mujer. Por otra parte, en vista de los testimonios fehacientes que comprueban el aserto, no cabe dudar que aquel ministro, tan galante como formal, no supo ó no pudo permanecer impasible ante los atractivos de la reina, y hasta se atrevió á declararle la culpable pasion que por ella sentia.

Mas si bien hizo una declaracion que fué acogida con desden, es probable que se consideró desengañado, y no miró en la esposa de su amo mas que un obstáculo político.

Ahora bien, muchos años hacia que el rey y la reina vivian en esa falta de armonia: ella tratada siempre con rigor, él devorado siempre por el pesar y el hastío, si así puede llamarse su estado de taciturnidad é indolencia. La reina, para hallar un consuelo á sus penas, se habia entregado con toda la inocencia sin duda, pero en apariencia con dañada intencion, á intrigas que, por la forma, el misterio, las precauciones y recelos parecian propias de un crimen de Estado. Hallábase Francia en guerra abierta con España, y la reina Ana de Austria seguia en correspondencia con sus hermanos Felipe IV y el cardenal infante, general de los ejércitos españoles en los Países Bajos, así como con el duque de Lorena, vasallo rebelde y enemigo declarado de Francia. Las cartas que ella escribia se ha de considerar que eran debidas mas que á otra cosa al cariño que sentia por su familia y á la necesidad de comunicar sus penas con los que le tenian verdadero amor.

Pero las cartas esas que escribia y luego entregaba á un servidor y confidente para que se las tradujese en cifra, como tambien las que ella recibia descifradas por el mismo servidor, exigian tanto trabajo, disimulo y mentiras, que no habrian sido menester mas para una conjuracion gravisima, y la tenian en perpetua alarma. Ana de Austria tenia en el convento de Valdegracia, fundado por ella para una comunidad de monjas benedictinas, un aposento reservado, en donde penetraba para entregarse al retiro, ó mejor para hablar, respirar y reir á lo menos con alguna mas libertad que en la corte, donde no podia dar un paso que no fuese espiado y revelado al cardenal. Pero no se tardó en hacer correr el rumor de que la reina aprovechaba la santidad de aquel sitio para cubrir sus infidelidades políticas, y se suponía que allí habia de encontrarse el depósito de su correspondencia con los enemigos del Estado.

Á consecuencia de tales sospechas el rey mandó á su mujer que se trasladara á Chantilly; y un teniente de mosqueteros recibió la

tenia mas que cumplidos; pero en la cual aseguraron que con una tinta especial habia trazado una invitacion á dicha señora para que



EL MARQUÉS DE THEMINES PRENDE AL PRÍNCIPE DE CONDÉ PARA ENCERRARLE EN LA BASTILLA. (1.º DE SETIEMBRE DE 1616).

orden de llevar á la Bastilla á Pedro de la Porte, servidor de la reina y agente de su correspondencia secreta. Encontráronle una carta para la duquesa de Chevreuse, confinada á la sazón en Tours, carta que, segun él, no con-

se disfrazara y fuese á ver á la reina. Trasladóse en seguida el canciller al convento de Valdegracia cuya superiora fué detenida, pero no halló papel alguno que comprometiera á la reina.

Acostumbrada Ana de Austria á la delicadeza y galantería de la corte española, donde nunca se habria cometido semejante torpeza, ya que no queremos calificar duramente tal accion, no podia en manera alguna sospechar que fuese víctima de una superchería como la que siguió á su marcha á Chantilly. Mas luego supo la prision de su criado, la de la superiora del Valdegracia, y el registro hecho en el convento sin respetar el secreto ó el misterio de su oratorio. Todo fué examinado y registrado. Pocos escritos históricos se encuentran en que no se diga que Ana de Austria se hallaba presente á tal acto, añadiendo que el canciller la sorprendió en su celda, la apremió con preguntas, registró sus muebles y cajas en presencia de ella misma, llegando hasta la irreverencia de hacer ademán de arrebatarle un papel oculto en su seno. Pero algunos sostienen que entonces se hallaba ella en Chantilly; lo cual podria tambien ser que unos y otros tuvieran razon, si bien que los hechos tendrían efecto en distintas ocasiones. Nosotros creemos que la irreverencia del canciller es una verdad, y que si este se propasó hasta tal punto seria en virtud de las instrucciones que le diera el ministro Richelieu; porque es tan general la idea de que tal ocurrió, que hasta los artistas lo han representado en pinturas y escritos por mas que los documentos oficiales de la corte se propusieran disfrazar la realidad.

Ana de Austria, por conducto de su secretario, dijo al cardenal que, en efecto, escribia á menudo á la duquesa de Chevreuse, mas no en la actualidad, y renovó esa declaracion el dia de la Asuncion *despues de haber comulgado*. Pocos dias despues interceptaron una carta suya dirigida al marqués de Mirabel, enviado de España á los Países Bajos. Tambien puede ser que fuese esa carta puesta en sus manos por el canciller para que la reconociera y que ella no quiso devolver, lo que dió motivo al ademán brusco del canciller, del que hablan todas las memorias contemporáneas. Mas tanto en esa ocasion como en aquella, no dejaria de ser una accion altamente censurable, tratándose de una dama y de una reina en época en

que una persona real era tan sagrada casi como una divinidad.

Convicta, empero, la reina de mentira sobre ese particular, se resolvió á que se le presentara el cardenal para confesarle que, en efecto, habia escrito algunas cartas á Flandes para el cardenal infante y el marqués de Mirabel; que tales cartas contenian unas veces quejas sobre la manera como se la trataba en Francia, y reflexiones algo duras sobre la persona del rey, otras veces avisos sobre lo que sabia de las relaciones políticas. Esa confesion fué en seguida escrita bajo la promesa primero del rey y luego confirmada por el cardenal, de un olvido completo semejante al que obtuviera ya por algunos actos censurables. La reina supo avisar á Pedro de la Porte lo que ella habia confesado, haciéndole llevar por la señorita de Hautefort, disfrazada de criada, una carta que facilitó todas sus respuestas, para que no se encontrasen en contradiccion con las de Ana de Austria.

Á la confesion que hiciera al cardenal, y que, como hemos dicho, se escribió inmediatamente, añadió la reina de su propio puño y letra el compromiso de no volver á caer en semejante falta y vivir de allí en adelante con el rey, su señor, como una mujer que no queria tener otros intereses que los de su esposo (17 de agosto). El rey, que desde cinco dias no habia visto á la reina mas que en la iglesia, subió á su aposento, y por ruegos del cardenal se abrazaron en su presencia; y desde aquel dia Ana de Austria siguió durante todo el otoño al rey en Fontainebleau, en Saint Maur, y en los diversos sitios á donde iba á cazar. El dia 5 de setiembre del año siguiente 1638 la reina daba á luz un niño que mas tarde habia de reinar con el nombre de Luis XIV.

No se veia seguro todavia Richelieu, puesto que, como dice Saint Prosper, «cuando fué un hecho justificado que Luis XIII podia desprenderse de los lazos que se le tendieran con los halagos de las mujeres, se echó mano de los confesores del rey para derribar al cardenal; urdióse una intriga entre dos jesuitas, el pa-

dre Caussin, director espiritual de Luis XIII, y el padre Monnod, que gozaba de toda la influencia de María Cristina, duquesa de Saboya y hermana del rey. El padre Caussin representó vivamente al rey las alarmas que le inspiraba su conducta; había derramado en el cadalso la sangre de sus mas ilustres súbditos; tenia desterrados á los principales señores de Francia; su venganza perseguía á su madre y á un príncipe de sangre real, y se habia aliado con los protestantes de Alemania; no podia, pues, en el tribunal de la penitencia responder de su salvacion en el dia del juicio eterno. Luis XIII sacó partido de las diferentes consultas firmadas por muchos eclesiásticos, y que Richelieu habia puesto en sus manos, cubriéndose particularmente con una declaracion hecha por los jesuitas. «¡Ah! señor, no los creais, que quieren edificar una iglesia (1).» Los terrores que el padre Caussin acababa de inspirar á Luis XIII le subyugaron; mas para quitar á un príncipe débil un ministro, es preciso tener á mano otro, porque hay caractéres que se conocen tan incapaces de obrar, que se resignan á todo antes que á tomarse el trabajo de dar órdenes; tal era Luis XIII. Richelieu quizás quedaba perdido sin remedio, si el padre Caussin hubiese pronunciado el nombre del sucesor que habia elegido; pero habiéndose olvidado de la parte mas esencial de su mision, pidió y obtuvo de su real penitente algunos dias para reflexionar: luego fué y se lo contó todo al duque de Angulema, quien juzgando con habilidad de las cosas, se lo dijo á Richelieu, y de sus resultas fué desterrado el confesor. Embargáronse los papeles de Caussin, en los cuales se halló comprobada la complicidad del padre Monnod, á quien el cardenal hizo perseguir en Saboya; pero no pudo vengarse completamente. Mas feliz fué con respecto al duque de la Valette, comandante general de infantería francesa, al cual injustamente imputó el haberse levantado el sitio de Fuenterrabía, siendo así que el príncipe de Condé mandaba el ejército francés.

(1) El confesor aludia á la casa de profesion que los jesuitas construian entonces en París en la calle de S. Antonio.

Hizo citar ante jueces comisarios al hijo del duque de Epernon, el cual habia casado con una hija de Enrique IV. El rey, instado por el cardenal, tuvo valor de asistir á un juicio tan inícuo; pero el presidente de Bellievre le dijo estas memorables palabras: «¿Podrá Vuestra Majestad sostener la presencia de un caballero sentado en el banquillo, y que cuando salga de la vista de Vuestra Majestad vaya á morir en un cadalso? Esto es incompatible con la majestad real. El príncipe lleva consigo á todas partes las gracias, todos los que se le acercan deben separarse de él contentos y satisfechos.» Luis XIII contestó: «Los que dicen que yo no puedo nombrar los jueces que me parezca para juzgar á los súbditos que me hubiesen ofendido, son unos ignorantes, indignos de obtener sus empleos.» La Valette fué condenado á muerte pero se habia escapado (1).

Richelieu, apenas salido de una lucha, se empeñaba al instante en otra; su genio se habia impuesto la doble mision de destruir en Francia á todos sus adversarios, para hacer en seguida triunfar sus designios en el extranjero. Cristina, que era una de las hermanas de Luis XIII, y viuda entonces de Víctor Amadeo, duque de Saboya, se vió en la necesidad de recurrir á los ejércitos franceses, para oponerse á los ataques de los príncipes de Saboya, parientes próximos de su marido. Richelieu no le negó su auxilio; pero exigiendo la custodia de muchas de sus plazas fuertes, y que enviase su hijo á Francia, á lo cual Cristina se negó del modo mas formal. Un ministro de Cristina que osó serle fiel, la siguió á Grenoble para ilustrarla con sus consejos. Richelieu propuso al rey el arresto de este servidor; pero no habiendo ninguno de los consejeros sostenido semejante parecer, el ministro

(1) El lector tendrá sin duda presente el grande servicio que poco antes La Valette habia prestado á Richelieu, pero tuvo despues motivos de quejarse del cardenal, y aun habia instado al duque de Epernon, su padre, para que recurriese á las armas. El ministro, lejos de perdonar á La Valette una conducta á sus ojos tan criminal, juró que mas tarde se vengaria y lo cumplió. El duque de Epernon, que participó de esta primera desgracia, perdió por la misma época y por una muerte inesperada al duque de Candala, su hijo mayor, y al cardenal de La Valette, habiendo el mismo de Epernon, de orden de Richelieu, sido condenado á acabar sus dias en el castillo de Loché de que era gobernador.

se detuvo. Si se estrellaba en un puesto era para triunfar luego en otro: el duque de Weimar, que habia ocasionado tantas derrotas á los súbditos de Luis XIII los sacrificios mas penosos; así es que estalló en la Normandía una revolucion producida por la miseria; pero



SAQUEO DEL PALACIO DEL MARISCAL DE ANCRE (SETIEMBRE DE 1616).

la casa de España establecida en Alemania, exhaló el último suspiro, dejando sin jefe y sin haberes un ejército que Richelieu compró á beneficio de la Francia. Una política cuyas ideas eran tan firmes y completas imponía á la ahogó en sangre, y los magistrados de la corte de Ruan hubieron de sufrir una suspension por no haber usado de suficiente crueldad. Mas mientras Richelieu sofoca en el reino toda clase de resistencias, no estalla en Europa

revolucion alguna cuyos progresos no siga, cuando no los favorezca. Hállasele mezclado en la insurreccion de Cataluña, y parece tambien que tuvo alguna parte en los primeros desórdenes de Inglaterra, que costaron mas tarde la vida á Carlos I, esposo de Enriqueta de Francia. En resúmen, las dos ramas de la casa de Austria, á pesar de ciertas ventajas de poco momento, habian perdido su preponderancia. Richelieu habia cumplido la parte tan

Al hallarse Ana de Austria en cinta, no consiguió captarse todas las simpatías que merecia por parte del rey. El dia en que nació el que habia de reinar con el nombre de Luis XIV, el padre no demostró ningun cariño á su mujer, y «fué preciso, dice la señora de Motteville, escitarle para que diese un abrazo á la tierna madre.» De suerte que existiendo poca armonía entre la familia real, los descontentos siguieron contando con Ana de



CÁRLOS DE LUYNES.

dificil de su tarea, y el duque Carlos de Lorena se separó de sus antiguos aliados para someterse á Luis XIII. El ministro era el verdadero rey de Francia, habiendo muy recientemente obligado al príncipe de Vendome, hijo legítimo de Enrique IV, á espatriarse. Por la misma época recibió varias súplicas de la reina madre, las cuales se reducian á pedirle que le permitiese acabar en Francia sus dias. El odio de Richelieu, ó para hablar con mas exactitud, el terror que inspiraba á toda Europa, perseguia sin descanso á la viuda de Enrique IV, madre del rey de Francia, que sin embargo bajo la proteccion de Carlos I, que era uno de sus yernos, habia hallado un asilo en Inglaterra.»

Prosiganos ahora nuestra narracion.

Austria, conspirando contra el rey y su primer ministro. Gaston y el conde de Soissons fraguaron en Corbia el plan de asesinar al cardenal. Pero ese plan se frustró, y el conde no tuvo mas que retirarse á Sedan, donde habia gozado de la impunidad que su condicion de príncipe de la sangre real le daba, conservando sus cargos y rentas á la vez que sus proyectos de conspirar.

El duque de Bouillon, hermano mayor de Turena adoptó los proyectos del conde de Soissons, así como el recién duque de Guisa, Enrique, arzobispo de Reims, de veinte y siete años de edad. Como quiera que muchas dignidades eclesiásticas se diesen entonces por derecho de familia y no por méritos y virtudes del individuo como habria debido ser, al-

gunos prelados de la Iglesia entraban en el goce de tales dignidades sin la menor condición para inspirar el respeto religioso que era menester, y así se explica que el duque de Guisa, elevado á la dignidad de arzobispo, sintiese una viva inclinación por el amor, de lo cual su tío el cardenal de Guisa, padre de seis hijos y casado, le diera el ejemplo. El sobrino pues se casó también con Ana de Gonzaga, y parece que con fundamento se servían de esa irregularidad para obligarle á resignar sus dignidades eclesiásticas y beneficios.

Ese señor, pues, que pretendía reunir ó acumular en sí el arzobispado, su esposa y el patrimonio eclesiástico, ó que cuando menos se proponía no ceder lo que tenía, mas que en la certidumbre de poseer lo que le podían disputar, se había retirado también á Sedan, desde donde trataba con el cardenal Richelieu sobre su regreso á Francia, su matrimonio con la princesa Ana y la conservación de algunos beneficios suyos. Mas á la vez que por su cuenta, digámoslo así, pleiteaba con el ministro de Luis XIII, se asociaba á las conspiraciones del conde de Soissons y del duque de Bouillon. Á consecuencia de tales complots forjaron el siguiente plan: fortificarse los tres en la ciudad de Sedan, y luego, cuando les llegasen los prometidos socorros del emperador y de los españoles, avanzar por la Champagne hácia París, donde creían que podrían hacer un levantamiento general en favor suyo.

Uníase á semejante proyecto la esperanza de que Inglaterra haría un desembarque de fuerzas en las costas de Bretaña ó Guiana para animar á los reformistas y á los partidarios de los duques de Vendome, de Guisa y de Epernon. Si por desgracia hubiesen aquellos conspiradores conseguido su objeto, Francia habría pasado por una de aquellas rudas pruebas que de vez en cuando sufren los pueblos como castigo providencial. Cabalmente debía estallar la conspiración en el momento en que Alemania sufría con su guerra de los Treinta años un fuerte revés de parte de los franceses. Pero afortunadamente abortaron aquellas conspiraciones, y Richelieu pudo hacer frente á la em-

brollada situación que se le presentara. España se había aprovechado de los apuros de su rival la Francia, y envió al conde de Soissons el barón de Lamboy con un pequeño ejército para disputar la ciudad de Sedan á las tropas que Luis XIII enviara para tomarla.

El día 6 de julio de 1641 se encontraron ambas huestes frente de la ciudad disputada, junto á las orillas del Mosa. El ejército de los españoles era algo menor que el de los franceses, viniendo á constar de unos diez mil hombres, en tanto que el otro contaría mas de once mil soldados. Chatillon, que mandaba á los franceses, mandó atacar en seguida creyendo tener una inmensa ventaja sobre sus enemigos que se hallaban como amontonados delante de un bosque llamado de la Marfea, y el cual dió nombre á la gran victoria que allí alcanzaron los españoles. Estos se hallaban tan estrechos en aquel punto, y tanta dificultad tenían para las evoluciones necesarias, que el general francés consideró, como en efecto era verdad, que casi nunca podría presentársele mejor ocasión y sitio para atacar á sus enemigos. Sin embargo, no recordaría lo que vale el soldado español, y los recursos de que en momentos apurados echa mano, cuando se ve acometido y arrollado.

Cargaron los franceses con el ímpetu y denuesto que les es peculiar; mas los españoles, que en vez de aterrarse por la malísima situación en que se les había cogido, sintieron renacer su ardor, y clamaron como siempre que antes querían verse muertos que vencidos, rechazaron con bravura y fiereza á los franceses, quienes á su vez al ver el ardor y sangre fría con que se batían aquellos á quienes creían que con solo su presencia habrían rendido, empezaron á sentir algo parecido al miedo, y «un extraño terror, dice un escritor francés contemporáneo, pareció sorprender á los soldados que el general Chatillon mandaba. Apenas comenzaron estos el primer ataque cuando se vió el mayor desorden en todas las líneas francesas. La caballería, sin ni siquiera atreverse á combatir, dió el ejemplo de la fuga, y la infantería, de la cual tan solo una parte se había acer-

cado al enemigo, *volvió la espalda*, no creyéndose ser sostenida; tiró las armas, y no hubo medio alguno de reorganizarla. Dos generales franceses y gran número de oficiales fueron muertos pretendiendo cargar sobre el enemigo ó retener á los fugitivos.» Entre tanto los españoles, que habian permanecido con la firmeza del leon para destrozár á los que ante ellos se presentaban, atacaron á su vez y se apoderaron de la artillería francesa, de los bagajes y del *dinero del rey francés*.

Todo ese destrozo de los franceses se habia efectuado en un momento, en el tiempo de atacar y encontrar una firmeza y resistencia que solo se encuentra en los españoles cuando con su orgullo y tenacidad se empeñan en una accion; de suerte que apenas habia tenido tiempo el resto de las dos huestes para observar aquel hecho de armas aislado, que en cierto modo se confundió con el desastre general que habia pasado del ala izquierda á la derecha del combate. Solamente un cuerpo de tropas de doscientos á trescientos hombres de caballería pertenecientes á la guardia de gendarmería de la reina y del duque de Orleans, se avergonzó de ceder una victoria tan gloriosa á los españoles, y en un arranque de amor propio se precipitó con furia sobre las filas francesas que habia entre el ejército español, arrollando por un momento cuanto á su paso encontraron, y los mas avanzados de aquel cuerpo se encontraron con un caballero que con algunos hombres corria á rehacer sus tropas. Disparáronle varios pistoletazos, y al instante vino aquel caballero al suelo sin ser conocido de los que acababan de matarlo, porque estos viendo llegar un cuerpo de enemigos que iba á disputarles el paso, retrocedieron á una de caballo.

Cuando despues de aquella derrota el general en jefe del ejército francés y su primer mariscal de campo, el marqués de Sourdis, hubieron hecho la retirada casi solos hasta Rethel, donde reunieron con mucha pena los pocos restos de sus regimientos, se supo por un corneta del partido enemigo que aquel caballero muerto al azar y sin ninguna eleccion, que se habia en-

contrado al alcance de un pistoletazo, y que nadie aun se habia alabado de darle muerte, era el conde de Soissons, recibieron una viva alegría los vencidos, que en parte compensó el dolor de las horribles pérdidas que acababan de sufrir. El corneta no habia caido prisionero, sino que habia llevado la mision de hacer preguntar á la madre y á la hermana del difunto príncipe, cómo querian disponer de su cadáver.

De ahí, pues, los enemigos del rey de Francia habian conseguido una victoria que de poco les servia, ya que uno de los principales jefes, por no decir el primero, habia dejado de existir; de suerte que esa noticia llegada poco despues de la que habian recibido en Perona el rey y su ministro el cardenal, cambió bien pronto en alegría y confianza, lo que antes fuera temor y recelos; pues no se les ocultaba que si los rebeldes con auxilio de los españoles hubiesen conseguido completo triunfo, la Champaña, que amenazaban invadir, hubiera podido hacer muy poca resistencia á aquellas fuerzas victoriosas, y tal vez habrian llegado hasta París, donde era posible alcanzaran tambien una victoria que habria acabado con Richelieu y su rey. Mas en vista de la muerte del conde de Soissons, el duque de Bouillon se consideró en el caso de aceptar un ventajoso tratado de paz, que satisfacía casi por completo la mayor parte de sus aspiraciones (5 de agosto).

Veamos ahora la última de aquellas conspiraciones que Lavallee nos refiere con toda imparcialidad:

«Habíasele dado al rey por favorito un jóven llamado Cinq-Mars, el cual con sus aturdimientos, sus calaveradas y caprichos estaba destinado á dar alguna distraccion á la vida monótona del pobre monarca, y á advertir al mismo tiempo al ministro de todo lo que pasaba en la cámara real. Cinq-Mars tenia talento, ambicion y numerosos amigos; se cansó de ser, bajo el título de escudero mayor, el juguete de un rey triste y enfermo, cuyas afecciones se reducian á desagradecimientos y que pasaba el tiempo en la caza, y se cansó tam-

bien de ser el espía del cardenal, que le hacia sufrir brutalmente su dependencia y le trataba como á un niño. Veia además á Luis XIII profundamente disgustado de la dominacion de su ministro, y dispuesto á aprobar la resolucio del que intentara librarle de él.

Hizo alianza con todos los descontentos, con la reina, el duque de Orleans y el de Bouillon, y confió su secreto á su amigo de Thou, hijo del historiador. Entonces manifestó con suavidad al rey que el cardenal trastornaba de aquel modo la Europa para hacerse indispensable; le habló de la paz tan deseada por sus pueblos reducidos á la última miseria, le demostró la mengua de la servidumbre en que se hallaba, y le recordó por fin del modo con que se habia libertado del mariscal de Ancre.

Luis no respondia nada, pero parecia aprobar con su silencio las palabras de su favorito. No obstante, como Cinq-Mars sabia que su cabeza estaba pendiente de una sola indiscrecion del débil príncipe, quiso asegurarse una retirada. Escogió á Sedan, pero de Bouillon se negó á darle asilo en su principado si no contaba con la cooperacion de los extranjeros. Los conjurados entonces trataron con España, se comprometieron á entregar una plaza francesa al ejército español que apoyara la conspiracion, á devolver al rey católico todos los países que se habian conquistado, á no obrar mas que por sus órdenes, etc.

Richelieu sospechaba la conjuracion, y para ocupar al rey y para impelir al gobierno mas adelante aun en la senda de la guerra, decidió que el teatro principal de la campaña fueran los Pirineos, que Luis tomase el mando del ejército, y despues de conquistar el Rosellon, se hiciera lo mismo con Cataluña. «El mejor medio de obligar á España á la paz, decia, es amenazarla en el mismo camino de Madrid.» En los demás puntos permanecieron los ejércitos en la defensiva. Guebriant volvió á pasar el Rhin para proteger á Alsacia, el duque de Harcourt fué enviado á Champaña y el de Bouillon al Piamonte.

El rey y el cardenal, enfermos los dos, se pusieron en camino con direccion diferente.

Cinq-Mars continuó durante el viaje minando el ánimo del rey, y lo dispuso tan bien, que, segun la opinion general, «el rey era tácitamente el jefe del complot, el gran escudero el alma, y se servia del nombre del duque de Orleans y de los consejos del de Bouillon (1). Luis y su ministro se volvieron á ver en Lyon, se trataron mutuamente con desconfianza, y continuaron su viaje. Pero mientras el rey llegaba al campo de su ejército que estaba sitiando á Perpiñan, el cardenal, precisado por su enfermedad, hubo de detenerse en Narbona. Viéndose perdido, pero sobrellevando sus sufrimientos, partió á Tarascon para estar mas libre de huir á Aviñon ó á Italia. Abandonado de todos, no teniendo mas que una mano espedita para escribir, y revolviéndose en su lecho al luchar con su espíritu enérgico, activo y abrumado con tantos cuidados, veia cercana la muerte, y le era preciso defender su obra contra un rey ingrato y voluble, contra los cortesanos que se movian halagados por la confianza, y contra la España que se preparaba á recobrar sus conquistas. Todo el mundo esperaba con ansiedad el desenlace de esta lucha, pero nadie se movió; aun no se habia cerrado el ojo moribundo que la sostenia, y la guerra adelantaba por sí sola con actividad.

El rey como acostumbraba en todo, se cansó luego del sitio de Perpiñan, los negocios se enmarañaban, le faltaba Richelieu y empezaba ya á disgustarle la jactancia de Cinq-Mars, que hablaba como un soberano. «Acordaos bien, le decia el rey, que si el cardenal os declara la guerra resueltamente, tendreis que separaros de mi lado.» Y envió al secretario de Estado Chavigny (2) á Tarascon para que le dijera á Richelieu que, «á pesar de los rumores que habian hecho circular, le amaba mas que nunca.»

En aquel momento habia conseguido el cardenal una copia del tratado de Cinq-Mars con España, y se la envió al rey por medio de Chavigny. Luis regresó inmediatamente á Narbona enteramente cambiado y resuelto á cas-

(1) Memorias de madame de Motteville, t. I, pág. 400.

(2) «Habia sido favorito, y, segun se cree, hijo del cardenal de Richelieu.» (Memorias de Retz, t. II, pág. 299).

tigar; sabia, no obstante, que iba á sucumbir mas que nunca bajo el imperio de su ministro, pero el pensamiento de la conservacion del Estado que le habia dominado siempre, y que es lo único que honra su memoria, venció tambien en aquella ocasion. Cinq-Mars y de Thou fueron arrestados, el duque de Bouillon se dejó prender en medio de su ejército y encerrar en la ciudadela de Casal (13 de junio de 1642), y el duque de Orleans quedó preso en Blois. El rey no tardó en ir á encontrarse con el cardenal en Tarascon; estaba tan en-

tros triunfos y vituperar las acciones del cardenal duque de Richelieu. Estas expresiones y su comportamiento nos habian inspirado algunas sospechas, y para penetrar su objeto y su causa, le dejamos hablar y obrar respecto á nos con mayor libertad que antes.»

No obstante, no tenia pruebas de la conspiracion; Gaston las proporcionó. Luego que se vió este príncipe descubierto, huyó á las montañas de Auvernia y envió al rey una súplica de perdon. «Luis le respondió que, á pesar de estar cansado de tantas y tan repetidas ofen-



LEON DE BRANTES, HERMANO DE CARLOS DE LUYNES.

fermo como él, y se mandó arreglar una cama en su habitacion (3 julio). Allí oyó humildemente las quejas de su ministro, y resolvieron los dos moribundos las medidas rigurosas que debian salvar el Estado. Richelieu se hizo nombrar teniente general del reino con los plenos poderes del trono, y volvió á Lyon por el Ródano, arrastrando á remolque un barco donde iban Cinq-Mars y de Thou. El rey volvió á París y publicó un manifiesto donde no titubeó en confesar que él habia representado en la conspiracion el papel de agente provocador. «Hace un año que habíamos notado un cambio muy manifiesto en la conducta de Cinq-Mars, que tenia relaciones con los libertinos, y sentía un placer en menospreciar nues-

sas, no se cansaria tampoco de perdonarle con tal que prestase una confesion completa de la conjuracion.» El príncipe permitió que le interrogara el canciller, que sus respuestas sirviesen de pruebas contra sus cómplices, y solo dió una escusa, que «Cinq-Mars le habia hecho cometer el crimen con sus repetidas y vivas instancias.»

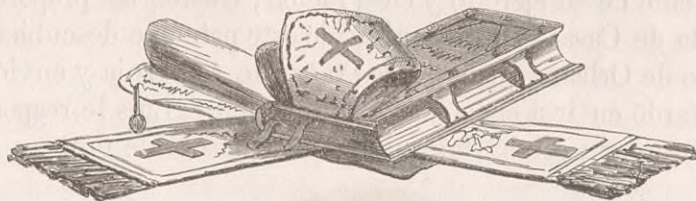
En recompensa de su confesion el rey le despojó de sus principales dominios, le declaró indigno de ejercer la regencia y le desterró á Blois.

El duque de Bouillon alcanzó su perdon cediendo su principado, que quedó desde entonces reunido á la corona, en cambio de algunos señoríos en el interior del reino. Cinq-Mars y

de Thou fueron conducidos á Lyon y presentados ante una comision presidida por el canceller. Las declaraciones de Gaston les quitaban los medios de defensa, y además Cinq-Mars lo confesó todo arrastrando de esta suerte

en su perdicion á su amigo, que solo era culpable por no haber revelado la conspiracion. Ambos fueron condenados á muerte y ejecutados (12 de setiembre de 1642).»

Hasta aquí el historiador Lavallee.



CAPÍTULO III.

1. Administracion interior: sumision del Parlamento: asamblea de notables: incremento de la autoridad real. — 2. Destruccion de las fortalezas feudales: abolicion de los grandes empleos militares: Tribunales de apelacion. — 3. Nombramiento de intendentes. — 4. Comienzo á organizarse la marina en Francia. — 5. Desórden en el ramo de Hacienda. — 6. Política extranjera: lucha contra la rama española de la casa de Austria. — 7. Guerra de la Valtelina. — 8. Guerra de la sucesion de Mantua. — 9. Guerra de los Treinta años. Richelieu hace entrar en Alemania á Gustavo Adolfo. — 10. Primera parte del período francés: alianza y fuerzas de Francia. — 11. Victorias del duque de Sajonia Weimar, de Harcourt, Guebriant y Sourdis. — 12. Conquista de Alsacia, Artois y Rosellon. — 13. Muerte de Richelieu. — 14. La academia francesa: la Sorbona: el Palacio Real: el Jardin de plantas. — 15. Muerte de Luis XIII. — 16. Sucesos diversos: un proceso de mágia: Urbano Grandier: un filósofo entregado á las llamas: Vanini: la Gaceta: el Monte Pio: Correos y Teatros: *Miramo*: etc.

1.—La magistratura durante el ministerio de Richelieu no obró con la traicion de la primera nobleza de Francia; mas no dejaba de sentir por el ministro cardenal una aversion que tambien participaba el alto clero y mayormente aquellos sacerdotes ó prelados que, apartados de sus diócesis ó parroquias, ambicionaban progresar por medio de la política. No obstante, hemos de apresurarnos á decir que los eclesiásticos, considerando bien las cosas, fueron despues de los nobles los que mas cruda guerra hicieron siempre á Richelieu; y lo que hasta cierto punto hacia mas temible esa guerra, era que el clero, mas instruido que la generalidad, se valia de la pluma y de la palabra, que eran armas que á la sazón empezaban á ser temibles. Por otra parte, el Papa no queria mucho á Richelieu, porque este, antes que eclesiástico, mostraba ser francés; antes que aficionarse á la corporacion religiosa, se aficionaba á los negocios de su país. Y como quiera que Richelieu, que ambicionaba el po-

der absolutamente en la persona de su rey, para disponer él del mismo, hubiese deseado varias veces ser nombrado nuncio ó legado de la Santa Sede en Francia, para dominar por completo á todas las clases de la sociedad francesa, el Papa se negó siempre temiendo no sin motivo la ambicion del cardenal duque.

Tambien los jesuitas le hicieron la guerra, y nuestros lectores recordarán las maquinaciones que, segun hemos indicado, forjaron el padre Caussin y el padre Monnod; pero en revancha, Richelieu supo contrarestarlos perfectamente bien hasta derrotarlos por completo. Y no solamente se mostró inflexible con aquellos que le obligaron á descender al palenque de la diplomacia, sino tambien á todos los que directa ó indirectamente se oponian á sus mandatos. El dia 15 de febrero de 1641 congregó en Nantes una asamblea eclesiástica para obtener del clero una contribucion de seis millones pagaderos en tres años: encontró como era de presumir una oposicion tenaz; pero valién-

dose de la autoridad y poder que ejercía, mandó á los mas intransigentes que salieran inmediatamente de aquella ciudad para irse á sus diócesis, y así quedó suyo el campo, teniéndose que contentar los vencidos con captarse su agrado por medio de la sumision y ciega obediencia.

Menos consideraciones tuvo aun con el parlamento á pesar de que este no le habia hecho nunca tan enérgica oposicion como el clero y la nobleza. Cuando en 1617 se hallaba desterado, escribia que «el Parlamento debe entera obediencia á las voluntades del rey, siempre y cuando sean razonables.» Pero cuando aquel hombre se vió elevado á la mayor dignidad del reino despues del rey, cambió de opinion; es decir que no queria ya que los magistrados tuviesen razonable obediencia al rey, sino que ya queria obediencia ciega y completa; y por eso castigó con la cárcel ó el destierro á todos los miembros del Parlamento que se señalaron por alguna oposicion á la voluntad del gobierno. Cuando en 1641 durante la guerra de los Treinta años quisieron los magistrados negar la aprobacion de los nuevos impuestos presentados por el rey, este congregó un consejo de justicia en el cual dejó oír las palabras mas altaneras inspiradas por el cardenal. Y al hablar el abogado general Omer Talon suplicando al rey que se dejara ablandar con los ruegos que le dirigian, «á ejemplo del Dios vivo cuya imágen era el rey aquí en la tierra,» contestósele que era preciso obedecer «sin mas razones, y dejar de llevar la mano al cetro del soberano.» Prohibióse al Parlamento que sus miembros en conjunto, en grupos ó en particular pudiesen hacer representaciones en contra de cualquier medida concerniente al gobierno ó á la administracion política.

Á pesar de que el cardenal duque queria que en todas partes y por todos fuese acatada la voluntad del soberano, ó por mejor decir, la suya propia, hemos de manifestar que, conforme hemos indicado, al principio de su ministerio era hombre que apreciaba y pretendia consultar la opinion pública. Mas no lo hacia para obrar en conformidad con ella, sino mas

bien para satisfacerla en parte sobre lo que él habia resuelto; porque siempre preferia manifestar lo que habia hecho que discutir lo que pretendia hacer. De suerte que aun cuando recurria con frecuencia á ella, ya por medio de manifiestos ó programas de gobierno, ya de esplicaciones sobre su conducta política, ya por medio de escritos que hoy llamaríamos artículos y que insertaba en el *Mercurio de Francia*, no pensó nunca en tantearla para seguir la corriente que pudiese indicarle. De paso diremos aquí que el *Mercurio de Francia* es el periódico mas antiguo de la nacion vecina.

Cuanto era pródigo en tal género de manifestaciones, tanto menos lo era Richelieu en someter al dictámen de otros las medidas gubernativas que intentaba adoptar. Así se comprende que durante su ministerio se reuniesen pocas veces los Estados generales. En 1625 con motivo del negocio de la Valtelina y ruptura con el pontificado de Roma, se efectuó una reunion en la que tomaron parte todos los órdenes del Parlamento. El año siguiente se congregó otra; mas á esta ya no fueron invitados los príncipes ni los duques, como dando á comprender claramente la enemistad que subsistia entre el cardenal y los grandes de la nacion. Pero en cambio asistieron á la segunda congregacion magistrados, eclesiásticos, consejeros de Estado y el preboste de los comerciantes de París. El primer ministro desarrolló allí sus proyectos para fundar una marina que protegiese el tráfico que á la sazón empezaba á hacer Francia con países lejanos, instituir un ejército permanente en el que pudiesen todos los soldados ascender á cualquier grado, reorganizar las rentas descargando la parte que pagaba la clase obrera, fomentar el comercio y la industria empeñando en ellos á los ciudadanos acaudalados, y por último reformar la administracion interior del reino.

Verdad es que todo ese plan de reforma tan general habria sido un gran paso dado por el camino del verdadero progreso, dadas las instituciones de la época; mas tambien lo es que habia muchos intereses contrarios á la tal re-

forma, y esos intereses lucharon contra aquel plan, hallándose en casi todos los miembros del Parlamento la oposicion mas firme. De manera que fué un trabajo completamente inútil el llamado *Código Michau*, que el canciller Marillac, una de las víctimas de la *Jornada de los engañados*, redactó en 461 artículos; pues no pudo obtener fuerza de ley, porque el Parlamento no quiso aprobarlo. Ocupado Richelieu á la sazón en multitud de negocios políticos y mas tal vez en desbaratar las redes que los cortesanos le tendian, no pudo consagrarse á la realizacion de tales reformas, que,

Mas ya hemos dicho que aquel código no mereció la aprobacion del Parlamento no obstante dominar en él el elemento plebeyo. Por otra parte comprendia en ciernes el germen del renacimiento del comercio francés, y del tráfico colonial. Fijaba tambien la disciplina mas severa en las naves y flotas, proclamaba la importancia de los conocimientos diversos y estensos de la navegación práctica, y fomentaba el servicio de aquellos que conociéndose aptos para la marina, quisieran dedicarse á ella. Es cosa notable encontrar en el *Código Michau* el origen de las matrículas de mar



HONORATO DE CADENET, HERMANO DE CARLOS DE LUYNES Y DE LEON DE BRANTES.

sin duda, habrían evitado la revolucion francesa de últimos del siglo próximo pasado. El artículo 229 declaraba que los plebeyos podrían llegar á todos los grados de la escala militar: el artículo 452 concedía el título personal de nobleza á todo comerciante que, por espacio de cinco años, sostuviese en el mar un navío de 200 toneladas, título que podría usar mientras se dedicase al tráfico ó comercio. También se concedía el mismo privilegio á todo comerciante que tratase al por mayor. El noble que se dedicaba al comercio no se rebajaba en modo alguno; antes al contrario, según aquel código, se hacia acreedor á mayor consideracion.

que Colbert puso mas adelante en práctica, así como los principios que durante la emigracion á los Estados Unidos de América, dominaron en Inglaterra en virtud del *Acta de navegación*. Pero tanto esa acta, como el código de Richelieu, se dan á conocer por las ideas despóticas que dominan en dicha acta y en dicho código. La Holanda supo constituirse en gran potencia marítima siguiendo todo lo contrario, á pesar de ser una nacion tan insignificante en Europa.

2.—En el año 1626 se espidió una orden en virtud de la cual habian de demolerse todos los castillos y fortalezas feudales que no tuviesen que servir para la defensa de las fron-

IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL

HEREDERO DE D. PABLO RIERA.

ADVERTENCIA.

Al encargarse esta casa editorial de continuar la **HISTORIA GENERAL DE FRANCIA**, prometimos á los señores suscritores á la misma que saldrían los repartos con toda puntualidad; hasta el día creemos haber cumplido nuestro compromiso, puesto que se han publicado con regularidad las dos entregas semanales, y estamos activando los trabajos de dicha obra para poder dar doble reparto. Hoy, con mas seguridad, si cabe, podemos decir que no faltaremos á lo prometido, por haber adquirido esta casa la propiedad de la edicion de una obra de tanto interés y que tan buena acogida ha merecido del público en general. Así, pues, los señores que gusten hacernos cualquier pedido pueden dirijírsenos, seguros de que serán servidos con la puntualidad que tan acreditada tiene la casa Riera.